

ETNOGRAFIA
COLECCION CAJA ESPAÑA



RA

744

460760

460760000001

LXXI
74

GRA/S0744

ETNOGRAFIA
COLECCION CAJA ESPAÑA

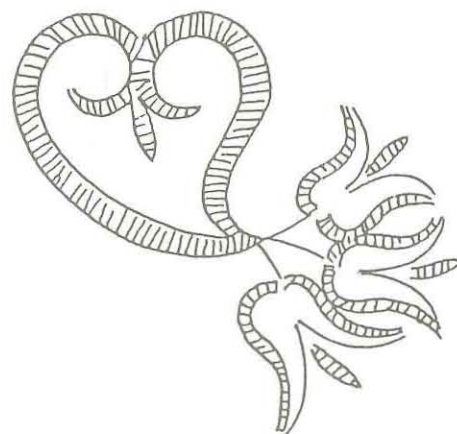


R. 64.313

Apuntes etnológicos sobre la agricultura y la ganadería zamoranas. <i>Luis Angel Sánchez Gómez</i>	11
Arte popular en el viejo Reino de León. <i>Carlos Piñel Sánchez</i>	19
Los oficios rurales. <i>Ignacio Sanz Martín</i>	31
Presente y futuro de la cerámica popular española. <i>Carmen Ortiz García</i>	39
Textiles y bordados zamoranos. <i>Concha Casado Lobato</i>	47
Aproximación a la joyería tradicional en el área castellano-leonesa. <i>Antonio Cea Gutiérrez</i>	55
Catálogo de la exposición	65

Aproximación
a la joyería
tradicional
en el área
castellano-leonesa

Antonio Cea Gutiérrez



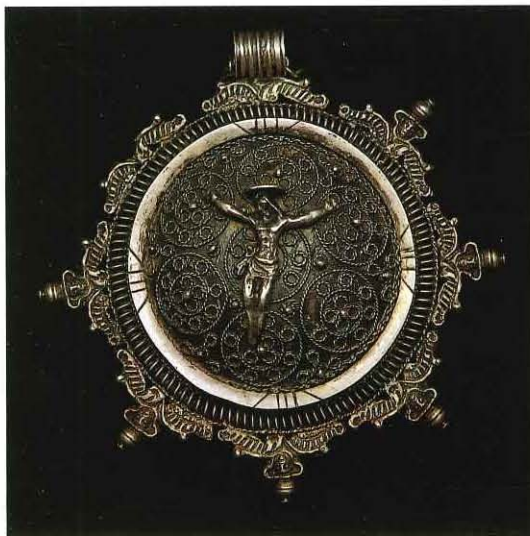


Si realizamos un análisis, por leve que sea, acerca de la joyería tradicional en España, observaremos que en etnografía al definir las áreas de la indumentaria, lo que se viene conociendo tradicionalmente como Zona Oeste, conserva y proporciona la panorámica de mayor riqueza, interés, y variedad de familias, formas y técnicas.

Debieron, sin duda, ser florecientes en esta región las escuelas de orífices y plateros, al menos desde época tardomedieval, y están documentadas desde el siglo XV las de Segovia, Medina, Astorga, Salamanca y Ciudad Rodrigo, algunas de éstas con solución de continuidad hasta hoy. En documento de julio del año 1489 alaba la Reina Católica los talleres salmantinos "que saben de labrar cosas finas e polydas de oro e plata" (Archivo General de Simancas, R.G.S. VII, f. 356

y ss). Aunque no podemos deducir por este texto el tipo de piezas que salía de aquellos talleres, sí su exquisitez y belleza. Más adelante, en este mismo documento, les exime del pago de alcabala, no sólo por la plata que labrasen en sus tiendas, sino también por lo que vendieran ya labrada. Que estos maestros comerciaran con piezas no solo salidas de sus manos ha de hacernos reflexionar, de una parte, sobre la flexibilidad de la época, y la desahogada circulación de formas y fórmulas externas que en absoluto estaban reñidas con las propias y, en nuestra opinión, lo desafortunado que están quienes desde un purismo ciegamente intransigente –casi indigenista– utilizan como único crisol de autenticación el concepto de lo "típico", en una, creemos, evidente valoración desajustada. Por otro lado se justifi-

Vuelta de las Vistas con sus corales, bollagras, arconciles y patenas.

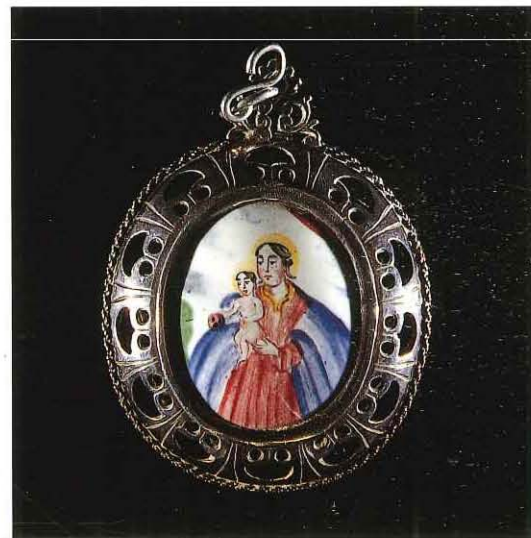
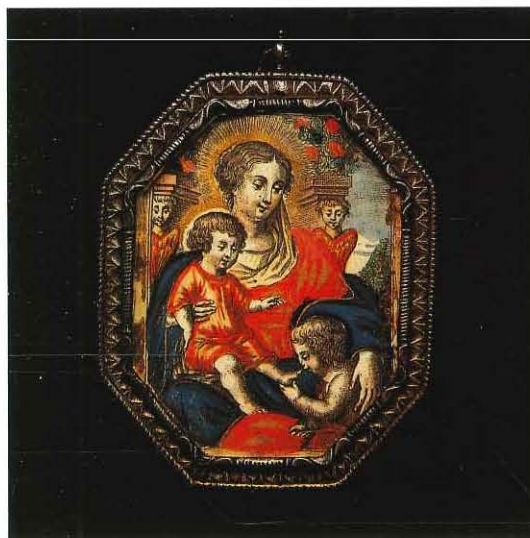


"Cristo barrigón" o "preñao" con el Crucifijo en el medio. Labores de filigrana, incisas, espolones y asa de barril estriado.

Patena con la figura de una santa de busto y, alrededor, motivos de veneras y enebros de labor incisa. En el cerco, cordoncillo y ocho espolones.

Relicario ochavado de hierro con labores dentadas, acordonadas, molduras y zigzag a martillo. Bajo la vidriera, vitela pintada con Madona, Niño y San Juanito.

Relicario de esmalte "a la porcelana" que representa una Nuestra Señora con Niño. Alrededor labores palmetadas, recortadas y cordoncillo.



ca en parte con este doble tipo de materiales la posterior proliferación, especialmente en relicarios y medallas, de advocaciones no locales en ellos representadas.

No parece que peligrara la calidad y continuidad de saberes tras la expulsión de los judíos, muchos de los cuales se ocupaban con maestría en el oficio de la platería, bien porque se convirtieran o por hallarse ya bien afianzado el ejercicio de esta profesión en otras manos.

A decir verdad, apenas han variado desde el siglo XV hasta hoy en algunas comarcas castellano-leonesas las familias de las joyas y sus técnicas, especialmente en lo relativo a los hilos, collares o vueltas: labores fundidas, cinceladas o a martillo, a buril o incisas, repujadas y, sobre todo, de filigrana, que viene a ser hoy timbre de identidad de estas escuelas de plateros.

Los dijes y amuletos siguieron vivos hasta bien andado el siglo XVIII. Otras piezas, por el contrario, tuvieron una vida más corta. El caduco esplendor de tablillas y patenas, fórmulas príncipe de las medallas –tan abundantes en el inventario de Isabel la Católica y ya identificativas de lo villano en las labradoras del Persiles cervantino– es una excepción, como lo es que se hayan conservado piezas-testigo en puntos muy aislados de Salamanca, Zamora, León, Avila o Segovia. La patena evoluciona a lo barroco y pervive por tierras leonesas y zamoranas en la variante popularmente conocida como de "cristos barrigones" o "preñaos"; híbrida fórmula cercana al "corazón de novia" y cruce de medalla y relicario.

Quizá la mayor innovación dentro de la joyería, sobre todo a partir de la Contrarreforma, se ex-

prese como joya-relicario. El culto medieval a las reliquias, preservadas como conjunto en arcaas santas que constituyeron el tesoro más preciado de santuarios, catedrales y monasterios y origen de peregrinaciones, se tornó particular entre los siglos XVI y XVIII, convirtiéndose aquellas en piezas del adorno personal como joyas de colgar al cuello, en las brazaleras o de los rosarios.

Las joyas del cuello –sartas, manojos, hilos o vueltas– de diversos materiales, plata, plata dorada y oro predominantemente y también de perlas, aljófares, coral, ámbar, azabache, cocos, pasta, vidrio, etc., constituyen el testimonio de pervivencia más claro que enlaza el período en que estas piezas tienen un seguimiento documental con otros más antiguos, hasta llegar hacia atrás a la arqueología y la prehistoria, donde encontramos ejemplos paralelos.

Curiosamente la mayoría de los elementos que componen las familias, en especial la de los collares y que tienen formas esféricas y tubulares, llevan nombres de la naturaleza. Así podemos enumerar las gabanzas o bollagras, "fruto", entre otros, de robles y rosales, las avellanas, granos, huesos de aceituna u olivas, rosas, almendras, perillas, calabazas, pomas, castañas. El arconcil actual derivaría del corte ensartado de una caña o canuto.

En la actualidad el hilo o collar está formado por una sarta de granos –lisos o labrados– unos –treinta o cuarenta–, y se ata al cuello con una cinta de seda que queda colgando por detrás.

Como extremo, veneras, cruces y galápagos, piezas éstas que, casi como excepción dentro de la joyería popular, pueden llevar la marca de la localidad donde fueron labradas.

La cruz, con o sin crucifijo, es una de las joyas de protección que más se identifica con la platería popular de los reinos de León y Castilla. Salvo en la advocación del Cristo de Burgos, presente sobre todo en extremos de rosarios, tan dispuesto a su identificación por el faldellín que suple al *perizonium*, los huevos de avestruz en vez de la peana y la cartela en la base del palo donde se lee "Burgos", el resto, curiosamente, corresponde a devociones no locales: cruz de Oviedo, Caravaca, Zalamea y Santo Toribio. Como extremos de las vueltas grandes en el traje de vistas serrano, no suele faltar la cruz con todos sus elementos complementarios: hechura, dado o cerco, letrero, peana –de calavera o con las figuras de

María y San Juan constituyendo calvario– extremos, generalmente de botón afiligranado y goteras formando higas, cabezas aladas, medias lunas, jarrillas, palomas o, incluso, medallas.

Es muy popular en áreas zamoranas, la denominada *cruceta* apreciada por sus propiedades curativas hacia personas y animales, contra el fuego y ahuyentadora del nublado. Parece un último reducto de la fórmula griega de la cruz, con los extremos del palo y brazos flordelisados, a cuyas flores y no a los brazos van clavadas las manos del crucifijo.

Es en el área del viejo reino leonés donde probablemente se conserva mayor número y variedad de dijes o amuletos, fosilizados en el traje femenino de boda y en el de acristianar. Siguen aún vigentes los manojos de coral con efecto protector al cuello de las mujeres alistanas. La trucha es símbolo de fertilidad en la mujer y aceleradora del lenguaje del niño. También tiene igual función el chupador de cristal con espirales de colores. La castaña de indias, la media luna –cristianizada o no–, contra el mal de oído y el aojamiento respectivamente, como la pezuña de tejón, las higas, etc.

Las piedras del rayo protegen contra las tormentas y las de leche o lechisangre favorecen la lactancia y restañan la sangre en la parida.

A veces estos elementos se entremezclan y conviven con medallas, cruces, evangelios, reglas de San Benito y reliquias. Por si fuera poco, a estas piezas de protección, cristiana o no, se unen otras consideradas como utensilio, es el caso, en el traje de acristianar, de los sonajeros, trompetillas, tamborilitos, esquilitas y cascabaleiras, o los ya mencionados chupadores. La mujer se adornaba con joyas-utensilio, tales como el bernegal, el "macho y la hembra" (tenedor y cuchara), la poma de perfumes y hasta el escarbador. Por lo general, todas estas piezas de plata colgaban de brazaleras y vueltas, y el escarbadientes, incluso, de los pendientes y hasta del rosario. Desgraciadamente, sólo nos queda testimonio documental de las joyas-utensilio de la mujer.

Hablar de medallas es hacerlo de advocaciones, pero advocaciones influyentes y en esto nuestra región lo es y mucho. Las medallas, fundidas o labradas unas veces en las platerías y otras muchas en monasterios, los que tuvieran privilegio, al igual que los grabados y las cintas o



Traje de Vistas *albercano*.



Bollagras, arconciles y cruz con sus extremos (detalle).



medidas de las imágenes veneradas, constitúan en las peregrinaciones y romerías el objeto-recuerdo devocional que hoy denominamos *souvenir*. Se da un verdadero trasiego de advocaciones de unas regiones a otras. Son los santuarios marianos los que mayor veneración despiertan. Los títulos topográficos de Nuestra Señora como los teológicos no escapan tampoco a las modas ni a la razones políticas y económicas.

Las medallas, las más de las veces de labor fundida, rara vez de hechura de oro y sí muchas de plata, presentan por su cara la figura de la Virgen casi siempre vestidera con sus atributos, y por la espalda, lisa, suelen llevar incisa la inicial de la advocación, a veces único apoyo de identificación, igualadas las imágenes bajo esa sagrada pirámide de ropas. Detalles de la corona, nim-

bo, vestidos, cetro o ángeles que la rodean, resultan definitivos para su reconocimiento.

En la actualidad, como joyas-testigo y reflejo de la antigua importancia que tuvieron las medallas, destacamos las advocaciones siguientes: en los reinos de León y Castilla quizá el primer lugar deba otorgarse a Nuestra Señora de Nieva, de la que también existen efigies sobre tablillas y óvalos de pizarra sacados de la propia Soterraña; protegen contra las centellas y favorecen los buenos partos. En estas variantes de pizarra se cruza de hecho la familia de las medallas con la de los relicarios.

Un segundo lugar corresponde a la de Nuestra Señora de Peña de Francia, después, quizá, vendría Valdegimena, también en Salamanca, abogada contra la rabia. Destacan también las sego-

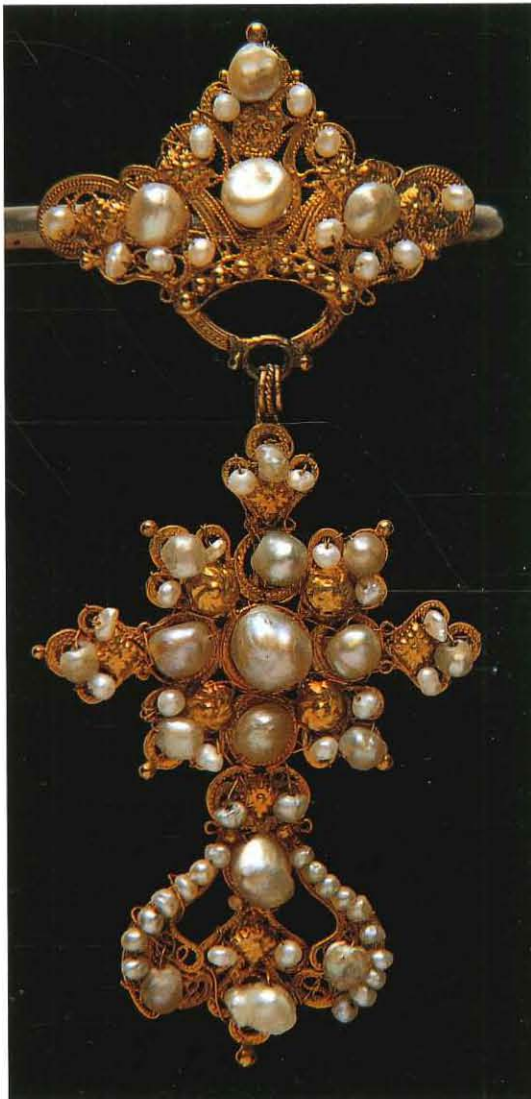


vianas del Henar y la Fuencisla y la del Camino en León. Fuera de esta región lleva sin duda la palma la toledana Virgen del Sagrario, representada también tras las vidrieras de numerosos relicarios. Después vienen Guadalupe, Monserrate, el Pilar, Valvanera, las Angustias de Granada, la de los Reyes de Sevilla, la talaverana del Prado, la de Atocha, etc., entre las más difundidas.

Probablemente la parcela más apasionante dentro de la joyería tradicional le esté reservada al relicario como evolución última de la utilidad y veneración de las reliquias. Fueron las santas arcas, ocultas en sacros montes y veneradas luego en criptas y cámaras santas, los recipientes primeros. Después, y con la política tridentina de glorificación de los santos, cada monasterio que se preciara poseía su capilla de las reliquias o trazaba para ellas en la iglesia, en lugar privilegiado, un retablo-relicario con rejas o portezuelas. Esta máquina, estructurada en órdenes como los otros retablos: sotabanco, predella, calles y ático, se llenaba con bustos de santos de alma en el pecho para las reliquias, brazos-relicario y tecas apiramidadas. La reliquia quedaba así reforzada y "humanizada" con la figura y atributos de su titular. Además, por si hubiera duda o desconocimiento de la iconografía, se unía a la reliquia una cartela con el nombre del santo y otro pintado en la base del busto.

Otra variante formal está constituida por los relicarios de pie en forma de viril con sus rayos y vidrieras; a veces la base, machihembrada, es compartida por otras reliquias.

El relicario de pared con su marco y vidriera



Pendientes de abanico con tembladeras y sus labores festoneadas.

Extremo de collar o colgante, de filigrana de oro y aljófares, con su botón, cruz y gotera.

distribuye las reliquias dentro del campo, gracias a una estructura de roleos acartonados y sobredorados como fingida filigrana, o bien por medio de bordados, geométricos o florales, de varios altos.

Por último está la joya-relicario. Los ejemplares que participan en esta Exposición Antológica, forman parte de una riquísima colección, posiblemente sin parangón, de más de novecientos relicarios, cuya catalogación y estudio para su publicación monográfica hemos finalizado ya. Permítasenos manifestar el largo período transcurrido en contacto con estas piezas como una maravillosa experiencia, de la que, siquiera esbozadas, anticiparemos ahora algunas consideraciones. De una parte se halla el relicario propiamente dicho o continente, elementos que tradicional-



Extremo de hilo de oro con sus piedras, en forma de mariposa, botón y cruz.

Encomienda de filigrana de oro con su dado y asa (detalle).

mente han acaparado la atención de estudio en la que entra el platero, quien, en ocasiones, concluye toda la pieza y la vende completa. Otras, el relicario se ofrece al comprador suelto –particular o comunidad–, quien embute las reliquias, les da estructura, las fija y adorna. Las formas que el platero da al relicario desarrollan las variantes siguientes, designándolo como: ovalado, redondo, esquinado, de caja, de ampolla, firmeza, de reloj, cordiado, ochavado, de ventana, etc. Salvo los de ventana, que constan de una sola vidriera, suelen ser de dos, a veces con exquisitas labores a bisel.

El verdadero sentido y fundamento de la pieza lo constituye, en cambio, la propia reliquia. Podemos establecer tres divisiones fundamentales. La *reliquia verosímil*, con auténtica o sin ella, des-



pojo de un cuerpo santo o, ante la imposibilidad de cuerpo, algo que haya estado en contacto con él. *Reliquias topográficas*, relacionadas por lo general con pasajes de la vida de Cristo, algunas de las cuales enlazan con la tercera posibilidad, las *reliquias de carácter maravilloso*. Chocan aquí frontalmente el querer y el poder ser y, como resultado, la cándida belleza; damos algunos ejemplos: “trocito del pesebre de Belén”, “agua del Bautismo de Cristo”, “pañizuelo empapado en una gota de leche de la Virgen”, “un cabello del Niño Jesús”.

Nunca hubiéramos abierto los relicarios –popularmente se cree que pierden su virtud– de no haber sido por la necesidad de conocer los materiales iconográficos en los numerosísimos casos en que el relicario se cruza con la medalla o el medallón, dando lugar a una variada iconografía, pintada sobre la propia vidriera, sobre plata, cobre, oro, e incluso sobre naipes.

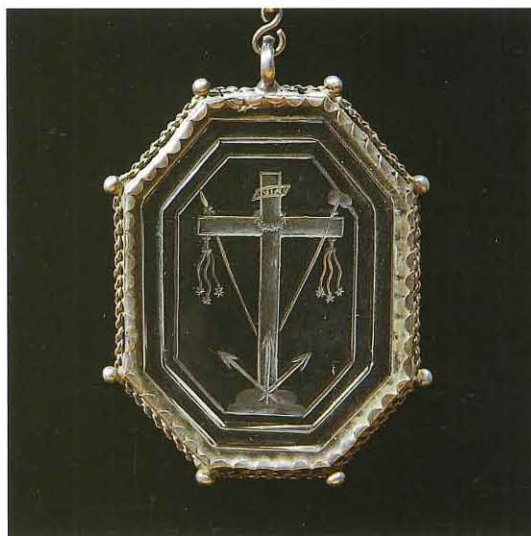
Parece natural suponer que el alma del relicario, lo más interior, el espacio que separa los campos donde se asientan las reliquias tuviera un tratamiento religioso, pero en realidad casi lo tiene exclusivamente funcional: fijar todo lo que se contiene dentro de las vidrieras con papeles reutilizados. Son estos fragmentos provenientes de libros de cuentas, pertenecientes a conventos o monasterios, cartas, inventarios, naipes, hojas de tratados de moral, las más veces. En pocas ocasiones cartas de plateros y, excepcionalmente, alguna imprecación o texto sagrado, la fecha y causa por la que se embute la reliquia. Por todo ello resulta complicada la datación o mejor dicho



Collar de cinco vueltas de coral, con tres bolas de plata, una higa también de coral con manecilla de plata y sus ataderos.

Relicario ochavado de plata y cristal de roca que tiene grabados los estigmas de la Pasión: Cruz con su letrero, corona, clavos, lanza, esponja y azotes.

Relicario ovalado de plata dorada y cerco de reloj. En las vidrieras un San Francisco con los estigmas y un San Juan Bautista, esmaltados "a la lombarda".



puede haber varias fechas: la de la pieza de platería, la iconográfica y la de los textos que se contienen en el alma.

Del contenido y la iconografía derivan varias familias estables de relicarios:

1. *El Lignum Crucis*, estructurado en forma de cruz con la reliquia central de la verdadera cruz y otras cubriendo el palo y los brazos, disposición que se enriquece en algunos ejemplos con formas treboladas o radiales.

2. *El Sacramento o relicario cristalino*. Se trata en realidad de una medalla en continente de relicario con silueta de filigrana de oro representando la Eucaristía adorada por ángeles afrontados y tenantes, entre vidrieras de cristal de roca.

3. *El Agnus dei*. Medalla de cera atortada, oval o redonda, que consta de dos caras. La principal con relieve del Cordero Místico de pie o sentado sobre el libro de los siete sellos y portando una banderola o veleta. Alrededor la leyenda: ECCE AGNVS DEI QVI TOLLIT PECCATA MVNDI. Lleva además bajo el Cordero el nombre del Papa reinante, año de su Pontificado y fecha de la emisión de la medalla. Por la otra cara el relieve de algún santo y el año conmemorativo relacionado con él.

4. *La Verónica o Cara de Dios*. Silueta del rostro de Cristo, generalmente la que se venera en Jaén, sobre pan de oro por el anverso, y, por detrás, bien los estigmas de la Pasión, Nuestra Señora de la Capilla, o el emblema de la orden del Carmelo.

5. *La Soledad*. Imagen pintada generalmente

sobre cobre, cuya variante más conocida es la madrileña Virgen de la Paloma.

Las piezas que forman estas colección se encuadran cronológicamente entre los siglos XVI y XIX, siendo los ejemplos más abundantes los correspondientes a los siglos XVII y XVIII.

Como conclusión final, pienso que debe subrayarse la importancia de la joyería tradicional en la Región Castellano-Leonesa no como algo complementario a la indumentaria, sino como parte fundamental de ella, de manera que en este caso no puede entenderse la una sin la otra —en otras áreas quizá quede justificada la función de la joya como mero matiz ornamental—. La importancia de la joyería en nuestra región no es sólo la del valor acumulativo, sino la de la utilidad que recibe en el ámbito de lo religioso como protección y en el ámbito de lo económico como valor de estatus social, además de la fuerza de la belleza que proporciona.